

¿Puede un VIRUS cambiar la ESCUELA?



SI ESTE VIRUS SIGUE,
CORREMOS EL RIESGO DE
APRENDER DEMASIADO

FRATO '20

Francesco
FRATO Tonucci



LOSADA

FRANCESCO TONUCCI

¿Puede un virus cambiar la escuela?

FRANCESCO TONUCCI

¿Puede un virus cambiar la escuela?

Traducción de
PABLO INGBERG



Tonucci, Francesco

¿Puede un virus cambiar la escuela? / Francesco Tonucci. -
1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Losada, 2020. - 160 p.;
20 x 13 cm. - (Biblioteca Pedagógica)

Traducción de: Pablo Marcelo Ingberg.

ISBN 978-950-03-8399-8

1. Pedagogía. 2. Didáctica. I. Ingberg, Pablo Marcelo, trad.

II. Título.

CDD 371.009

Título original: *Può un virus cambiare la scuola?*

© Francesco Tonucci

© Editorial Losada S. A.

Moreno 3362, Buenos Aires, Argentina, 2020

Tels. (54-011) 4373-4006 / 4375-5001

www.editoriallosada.com.ar

Producción gráfica: *Gabriela Pomi*

Traducción: *Pablo Ingberg*

Diagramación: *Taller del Sur*

ISBN 978-950-03-8399-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Libro de edición argentina

Tirada: 2000 ejemplares

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

A Elisa, 9 años, de Lima, Perú, que dijo:
“*Antes no pudimos entender estas cosas
porque estábamos en la escuela*”.

ADVERTENCIA

Este libro es la narración de lo que comenzó a ocurrir a partir de marzo de 2020, cuando el mundo se detuvo y un virus, en tiempos rapidísimos, como nunca antes de ahora había ocurrido, obligó a todos los habitantes de la tierra a encerrarse en sus casas, suspender el trabajo, cerrar las escuelas, provocando una cantidad impresionante de muertos. Narra cómo los niños vivieron y soportaron esta situación que para ellos es difícil de entender y aceptar, y cómo nosotros, a través del proyecto “La ciudad de las niñas y los niños”, intentamos acompañar primero su encierro forzado y luego sugerir a las ciudades y a la escuela propuestas para una reapertura lo más adecuada posible a las nuevas exigencias sanitarias, y en especial a las expectativas de la sociedad y de las niñas y los niños con respecto a las propuestas educativas y formativas. Presenta algunas experiencias de tres países de nuestra Red Internacional: Argentina, Italia y España; algunas consideracio-

nes finales, y las viñetas que dibujó durante este período Frato. Al final incluye, en una especie de crónica, los enlaces para acceder a los documentos, videos, entrevistas, webinaros en los cuales participamos durante estos meses dramáticos y extraordinarios. Es un libro nacido de apuro para que pueda ser útil en el momento de la reapertura de las escuelas y de las actividades de las ciudades adheridas al proyecto “La ciudad de las niñas y los niños” o interesadas en él. Por eso se encontrarán algunas evaluaciones, tal vez apresuradas, nacidas también de las fuertes emociones que hemos vivido. Lleva también un agradecimiento a Lorena Morachimo y a Emilia De Nardis por la colaboración en la preparación de los capítulos sobre las experiencias y por la revisión del texto.¹

¹ Agradezco también a mi hija Francesca y a mi hermano Giovanni por la ayuda que me prestaron releendo el texto, corrigiéndolo y dándome preciosos consejos.

Introducción

Y entonces llegó el coronavirus. El 3 de marzo yo estaba en el hospital a punto de entrar en la sala de operaciones para la segunda operación de cataratas cuando el cirujano me dijo que no podía operarme debido a una avería técnica y que tenía que volver el 10 de marzo. Pero el 8 de marzo Italia se paró, quedamos encerrados en casa, se cerraron las escuelas, se detuvo el trabajo, se detuvo el tránsito. Mi catarata quedó aplazada *sine die*. Había llegado a Italia, a Europa y al mundo occidental el coronavirus bautizado Covid-19.

Así comenzó el largo período de aislamiento que, por más de tres meses, me obligó a quedarme en casa, solo, haciéndome cargo de todas las necesidades domésticas, desde la limpieza hasta la cocina, y privándome, y ese fue el aspecto sin duda más duro, de la cercanía de los hijos y los nietos.

De pronto se hizo evidente que eran dos las categorías sociales en mayor riesgo: los viejos y los niños. Los viejos se morían, sin posibilidad de que los ayudaran y salvaran. En Italia la edad promedio de los más de

treinta mil muertos fue de ochenta años. Los niños por el contrario no se morían, no se enfermaban, pero con seguridad tenían que aceptar una condición de aislamiento difícil de entender y sin duda inaceptable para ellos. Mientras sobre los viejos se extendió de pronto un impotente velo piadoso de dolor y resignación, para los niños se empezó a pedir ayuda y sugerencias a los expertos. En televisión y en los diarios aparecían entrevistas a psicólogos, que daban consejos a los padres, y a pedagogos primero y a informáticos después, que daban consejos a los docentes. Parecía que de improviso la Convención sobre los derechos de la infancia hubiera quedado suspendida y solo hubiera permanecido vigente el artículo 28, que garantiza el derecho a la enseñanza primaria obligatoria y gratuita para todos.

Pero ¿qué piensan los niños?

Lo que enseguida nos pareció absurdo a mí y a las colegas que coordinan conmigo el proyecto internacional “La ciudad de las niñas y los niños” es que nadie, por lo menos en Italia, España y los países de América Latina que comparten nuestra propuesta, había pensado en preguntarles a las niñas y los niños qué pensaban ellos, cómo estaban viviendo esta experien-

cia, qué necesitaban y si tenían propuestas para hacer a sus intendants o alcaldes, a sus docentes y a sus padres. En este primer período los niños fueron principalmente alumnos para los cuales había que inventar una escuela sin ir a la escuela, una escuela quedándose en casa. No se hablaba de otras exigencias, de otras prioridades.

Hablar con los niños, hacer hablar a los niños. Así llegaron al Laboratorio Internacional, con dos llamamientos a los intendentes de nuestra Red.² El primero fue una invitación a hablar con los niños, con todos, convocándolos de manera virtual para recibir propuestas de ellos y contestar a sus preguntas y sus inquietudes. Muchos de nuestros intendentes realizaron asambleas abiertas de niñas y niños, recibieron sus opiniones y contestaron sus preguntas. Hay que recordar que, incluso independientemente de nuestra invitación, se pusieron en marcha en ese sentido presidentes, primeros ministros y ministros de varios países del mundo.

El segundo fue la invitación a convocar enseguida, a través de plataformas informáticas, a los Consejos de

² Se estima que hoy adhieren a nuestro proyecto cerca de doscientas ciudades de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Francia, Italia, España, Líbano, México, Perú, República Dominicana, Suiza, Uruguay.

las niñas y los niños.³ La respuesta fue rápida y numerosa. En muchos casos las reuniones se programaron con frecuencia mayor que en tiempos normales y a partir de los pequeños consejeros pudimos tener un cuadro muy interesante de cómo estaban viviendo este período de pandemia y a partir de sus opiniones, más que de las de los expertos, nacieron nuestras propuestas referidas en los capítulos siguientes.

Qué dicen los niños. En la realización de las sesiones del Consejo, las plataformas se utilizaron para crear un espacio virtual en el que niñas y niños pudieran dialogar entre ellos y comunicar a los adultos sus impresiones, sus problemas y sus propuestas. También promovimos algunas investigaciones, a través de simples cuestionarios para reunir las sensaciones y las opiniones de los niños. Es interesante notar que los niños españoles, italianos y de diversos países de América Latina expresaron opiniones muy semejantes sobre las tres grandes cuestiones que les habíamos planteado: qué es lo que más extrañas, de qué estás contento y qué no soportás. Las respuestas fueron:

³ En las ciudades de nuestra Red, los intendentes o alcaldes les piden a las niñas y los niños de ocho a diez años que los ayuden, ofreciendo su punto de vista y sus propuestas, para cambiar la ciudad y hacerla adecuada para todos, partiendo de los niños.

Extrañan a los amigos. Todas las niñas y todos los niños de los diversos países declaran que la ausencia más pesada, la que más sufrieron, era la de sus amigos. A veces, para expresar esa necesidad, dijeron que extrañaban la escuela y muchas veces los diarios retomaron esa expresión como si en la dificultad del aislamiento la escuela consiguiera gozar de un fuerte apego y una nostalgia por parte de los niños. Pero no era así. Extrañaban la escuela porque para muchos la escuela es el único lugar donde se podían encontrar con los amigos. En mi infancia, los lugares para nosotros, los niños, eran varios, pero los tres más importantes eran la casa, la escuela y la calle, el afuera (afuera de casa y afuera de la escuela). Cuando yo pensaba en los amigos, no pensaba nunca en la escuela, sino siempre en la calle. Hoy lamentablemente aquel tercer ambiente fundamental, para muchos niños, ha desaparecido y la escuela absorbió también los aspectos sociales de la vida infantil, volviendo así todavía más difícil aquella autonomía de la que los niños tienen extrema necesidad. Algunos niños han aclarado este equívoco diciendo que de la escuela extrañaban lo que más les interesaba a ellos, los compañeros y el recreo, y habían quedado las cosas que menos les gustaban, las clases y las tareas.

Están bien con los padres. Casi todas las niñas y los niños que se expresaron manifestaron su agrado por haber tenido a los padres todo el tiempo a su disposición. Naturalmente este sentimiento cambia con la edad y está menos presente en la adolescencia, pero para la gran mayoría fue un “regalo” pasar mucho tiempo juntos, inventar soluciones nuevas a situaciones antes desconocidas, hacer juntos cosas que normalmente cada cual hacía por su propia cuenta y aprender a hacer cosas nuevas.

No pueden más con las tareas y están cansados y aburridos de seguir las clases a través de una pantalla. Creo que el uso de las plataformas para poner a los alumnos en una situación pasiva de escucha, como sucedía en la escuela, y utilizarlas para indicar tareas, que muchas veces ocupaban toda la tarde, fue la elección más grave e inadecuada de la escuela. Y esa evaluación se repitió también en todos los países donde reunimos opiniones de niños y con una frecuencia muy alta. Un niño argentino dice: “A mi cuarentena le faltan los recreos, los sábados y los domingos”.

“La escuela no se detiene”

Este es el eslogan elegido por el Ministerio de Educación italiano durante la pandemia. Esto significa que, si el programa preveía el estudio de Groenlandia, se estudiaba Groenlandia aunque todo el mundo hablaba de China, y, si preveía la síntesis clorofílica, se estudiaba la fotosíntesis aunque todo el mundo hablaba de un virus; eso explicaba el docente a través de las plataformas y sobre eso se daban las tareas. El mundo se detuvo y la escuela no se detiene.

Elisa, una niña peruana de Lima de nueve años, dijo: “Antes no podíamos entender estas cosas, porque estábamos en la escuela”. Es una declaración terrible porque denuncia que la escuela traiciona su primera vocación importante: ayudar a los alumnos a comprender el mundo, a leerlo, interpretarlo, para vivirlo de la mejor manera y cambiarlo.

La escuela tenía que detenerse, suspender sus programas, renunciar a esas tareas y junto a sus alumnos leer la realidad, impresionante y difícil de comprender para todos. Es evidente que los docentes no estaban preparados para esto, ni tampoco lo estaban los padres, los políticos y los propios expertos. Pero para todos debería haber sido un gran problema, salvo para los docentes. Porque al docente no se le pide saber, sino saber

ayudar a sus alumnos a comprender aquello con lo que se encuentran, lo que sucede a su alrededor, buscando juntos y partiendo siempre de las hipótesis, de las opiniones de los alumnos mismos.

Las propuestas y el interés

De las propuestas de las niñas y los niños nacieron nuestras propuestas, primero para afrontar con serenidad y coherencia el período de la cuarentena y después para sugerir algunas ideas coherentes para la reapertura de las escuelas, si el virus lo permite y cuando lo permita.

Todo empieza el 10 de marzo con la publicación de una entrevista que me hicieron en *El País* de España con el título: “No perdamos este tiempo precioso dando deberes”. Aquella entrevista, traducida al inglés, al francés, al italiano y al portugués, me arruinó las vacaciones. Desde entonces hubo decenas de webinarios, teleconferencias y entrevistas con audiencias increíbles para mí, con miles de participantes de varios países del mundo. Me contactaron ministros, asesores, dirigentes. En Argentina, por ejemplo, después de un encuentro virtual con el ministro de Educación Nicolás Trotta y una teleconferencia realizada

en conjunto para avanzar en las propuestas para una escuela distinta durante el período de cuarentena, a la cual asistieron a través de diversos canales sociales más de doscientas mil personas, el Ministerio publicó un cuadernillo que ilustraba la propuesta “La casa como laboratorio”, proponiéndola a sus escuelas, en miles de ejemplares con el título: “Saberes cotidianos: explorar, jugar y aprender en casa”. El gobierno de la Isla de Fuerteventura, en España, relanzó la propuesta de “La casa como laboratorio” con el proyecto Aula STEAM, acrónimo inglés de ciencia, tecnología, ingeniería, arte y matemática. El jardín de infantes C. Collodi de Fano, en Italia, publicó un folleto “Hoy cocino yo, laboratorio de cocina en familia”. Decenas fueron las entrevistas en diversos países.

Este período de intenso trabajo concluyó con la presentación de una petición en la que se pedía a los intendentes que hicieran un regalo a los niños para agradecerles cómo se portaron. El regalo podía ser que las ciudades, antes de ser reabiertas al tránsito, fueran regaladas a los niños para que pudieran salir, encontrarse con los amigos y jugar, naturalmente respetando las reglas sanitarias de distanciamiento. Intendentes y ministros firmaron esta petición y muchos Consejos de los niños presentaron propuestas para jugar respetando las reglas de la distancia y de los tapabocas.

Me parece interesante señalar el hecho de que las propuestas educativas que vengo planteando desde hace más de cincuenta años y las del proyecto “La ciudad de las niñas y los niños”, nacidas en 1991 y muchas veces objeto de atención e interés, aunque manteniéndose en sustancia minoritarias, en este período de emergencia social y educativa hayan despertado un gran interés. Hay que subrayar que las dos propuestas, la educativa y la política, más que en otras ocasiones se han entrecruzado y vuelto complementarias, sugiriendo soluciones que puedan concretarse, en especial a partir de la reapertura de las ciudades y de la escuela.

Por una buena escuela en tiempos de cuarentena: La casa como laboratorio⁴

La primera consideración que ha orientado esta propuesta es un hecho evidente: en este largo período de aislamiento, niños y padres han tenido que vivir juntos en sus casas, como sin duda no había sucedido nunca con anterioridad. Podemos decir entonces que, en el período de cuarentena, el mundo de los niños se redujo a los límites de su casa. Y es interesante que los niños declaren que esta situación les gusta. Un segundo elemento que nos ha guiado es la preocupación que, en la experiencia educativa de los niños de hoy, produce el extraño y profundo conflicto que separa a la escuela de la familia. Conflicto que vuelve aún más frágil e ineficaz la experiencia escolar.

Una sugerencia interesante es la que da Célestin Freinet, pedagogo francés del siglo pasado, cuando entre sus técnicas aconseja el “texto libre”. El texto libre era una invitación a los alumnos para que, si en el tiem-

⁴ Las sugerencias de este capítulo fueron propuestas en entrevistas, conferencias y artículos durante el mes de marzo, como contribuciones a una didáctica de la cuarentena.

po transcurrido fuera de la escuela y fuera de la casa, en sus experiencias autónomas de exploración y de juego, sucedía algo particular o algo que les impresionaba, interesaba, maravillaba, si querían, podían escribirlo brevemente y al día siguiente llevarlo a la escuela. En la escuela se leerían esas contribuciones, se discutirían y se elegirían para convertirlas en notas para el pequeño diario escolar o, en casos particulares, en nuevos temas de trabajo. El texto libre era en resumen una ventana abierta a la vida y a la experiencia de los niños. La buena escuela, según Freinet y según todos los que nos inspiramos en su propuesta educativa,⁵ no es la que está hecha según los programas decididos en el Parlamento y presentados por los libros de texto, sino la que se construye en torno a la vida de los alumnos mismos, de sus familias, de las ciudades y de los ambientes donde viven. En la escuela hay que entender el mundo, naturalmente el mundo de las niñas y de los niños, tal como ellos lo viven y lo llevan a la escuela.

Teniendo en cuenta lo que está sucediendo, cómo los alumnos dicen, con claridad y de manera homogénea en los diversos países, que no pueden más con las

⁵ Pienso especialmente en el Movimiento di Cooperazione Educativa (Movimiento de Cooperación Educativa), que se inspira en el pedagogo francés y está en actividad en Italia desde 1951, o en los Movimientos de Renovación Pedagógica en España.

tareas y que están cansados de seguir las clases a través de una pantalla, nos pareció correcto y de buen sentido pedir a la escuela que se detenga, que suspenda sus programas, renuncie a las tareas para el hogar tradicionales y vuelva a pensarse de manera adecuada a la nueva situación.

La casa escuela, la casa laboratorio

A partir de estas premisas nació la propuesta, casi obvia, de que se considere la casa como un auténtico *laboratorio escolar* y a los padres como *ayudantes de laboratorio*. La escuela entonces podría, y en mi opinión debería, llamar a los padres a colaborar para ayudar a sus hijos a conocer algunos aspectos de la casa que tengan interés para la escuela, reduciendo así una fractura absurda y perjudicial y proponiendo actividades interesantes para los niños y comprensibles para los padres. A continuación daré algunos ejemplos de actividades “escolares” que la casa podría permitir, dejando luego a la fantasía de los docentes, de los padres y de los niños encontrar otras más. Quiero subrayar que las presento como propuestas escolares y no lúdicas o para pasar el tiempo, que se ha hecho terriblemente largo y vacío. Naturalmente, para ser correctamente escolares,

tendrán que ser asumidas por los docentes de los diversos niveles de escuela como propuestas que se refieren a disciplinas y que esconden informaciones, nociones y capacidades precisas.

Ante todo el juego. Es importante que, aun en estas condiciones, los niños jueguen y que el juego sea su principal ocupación, tanto por la duración como por la importancia. Jugarán naturalmente con sus videojuegos, pero es importante que no sean solo estos los instrumentos de juego, en especial teniendo en cuenta que en este período la *tablet* o el *smartphone* serán los instrumentos principales para el diálogo con los docentes y para los contactos con los amigos. Sería importante que los adultos sugirieran otros juegos a los que puedan jugar junto con los niños y que los niños puedan jugar solos. La escuela puede, por ejemplo, invitar a los niños a que les pidan a sus abuelos que les enseñen algunos juegos a los que jugaban de niños. Probarlos, describirlos e intercambiarlos con los compañeros para construir una especie de “Libro de juegos en casa en tiempos de cuarentena”. Podría ser el momento oportuno para construir junto con los padres juguetes, como una muñeca de trapo o un carrito. El uso de instrumentos para coser, cortar, pegar, clavar representará un aprendizaje importante.

Y luego la autonomía. Los niños de hoy han perdido casi por completo su autonomía y no por culpa del virus, sino a causa de los miedos de los padres. Los niños tienen necesidad de autonomía, de salir, de estar solos o con los compañeros. Hoy, que casi todo está impedido, tenemos que permitirles *escapar* en casa, esconderse, si lo desean. Bastará con ayudarlos a construirse un nido, corriendo un mueble o haciendo una choza con dos sillas y una frazada. Allí podrán jugar solos, o con los hermanos, leer el libro elegido o escribir su diario.

Diré también que, paradójicamente, hoy se les podría permitir por fin a los niños salir solos, aprovechando esta crisis para empezar a darles a los propios hijos esa autonomía de movimientos que tanto necesitan. Hoy los miedos, que incluso desde mi punto de vista nuestras ciudades no merecían, ya no tienen sentido: en las calles cercanas a casa no hay tránsito y no hay gente. Un niño, por lo menos desde los seis años en adelante, bien puede salir solo a dar una vueltita alrededor de la casa o ir hasta el quiosco a buscar el diario para los padres o una revista de historietas para sí mismo, o bien puede sacar a pasear al perro o ir a tirar la basura. Naturalmente con el tapabocas. Los niños, desde que existe la “Convención sobre los derechos del niño”, son reconocidos como ciudadanos (no como *futuros* ciudadanos), por lo cual todo aquello que está

permitido a los ciudadanos tienen que poder hacerlo ellos también. Hago notar además que solo si salen tendrá sentido enseñarles la necesidad de lavarse bien las manos, porque si permanecen siempre en la casa es difícil explicarles de qué tienen que protegerse... Una vez dado este paso fundamental, la costumbre de salir solos se habrá ganado para siempre, incluso después de la pandemia. ¡Y así la pandemia habrá servido también para algo bueno!

El mundo que entra en la casa. Encerrados en casa, recibimos el bombardeo de noticias terribles, de números impresionantes, de imágenes trágicas. Los niños y las niñas las ven junto a sus padres, que tal vez no siempre están en condiciones o tienen ganas de explicar, de preguntar, de discutir. La escuela debería hacerlo, usando las plataformas para hablar en grupo de las emociones sentidas, de las noticias poco claras, de los miedos. Docentes y alumnos deberían discutir en grupo sobre lo que sucede, escribir, dibujar, buscar respuestas a las tantas preguntas. En resumen, vivir en grupo la pandemia, ayudándose mutuamente, niños, padres y docentes. Para que no sea cierto lo que decía la niña de Lima: que no podían entender estas cosas porque estaban en la escuela.

La casa de los descubrimientos. La casa esconde muchas propuestas, que pueden utilizarse ante todo para desarrollar nuevas capacidades, pero también para descubrir reglas, características y habilidades. Pienso por ejemplo en el lavarropas, que requiere una selección de prendas, un jabón, un programa, una temperatura, y cuyo funcionamiento tiene una duración. Las prendas hay que tenderlas y luego plancharlas, usando un instrumento complejo como la plancha, que utiliza el calor y el vapor. Pienso en la instalación eléctrica, con interruptor general, tomas, enchufes y lámparas; el recorrido del agua, con el medidor, la llave de paso, las canillas, el sarro; el recorrido y el funcionamiento del gas. Pienso en aprender a coser un botón, a arreglar una rasgadura. Cada una de estas operaciones será una sorpresa, una satisfacción y, correctamente guiada por el docente, el descubrimiento de reglas, leyes, habilidades: “para mañana pídanles a sus padres que les expliquen cómo funciona una canilla”; “para mañana aprendan a coser un botón, describan en una hoja cómo se hace y lo hablamos juntos” y esa clase de cosas.

La cocina como laboratorio de ciencias. Para cocinar hay que pesar, dosificar, mezclar, cocer. Todas operaciones cargadas de valores científicos y potencialmente escolares. Pero en comparación con los tradicio-

nales problemas, operaciones y tareas en general, cocinar tiene la posibilidad de una evaluación indiscutible: la comida preparada se come y puede gustar o no gustar. Imaginemos entonces que el docente les dice a sus alumnos: “Para mañana cada uno va a preparar una pasta con una salsa que va a elegir según las tradiciones de su familia y sus costumbres. Háganse ayudar por sus padres, que les darán indicaciones y consejos. Después coman juntos y evalúen el resultado. Por último, escriban la receta para que luego podamos intercambiarlas entre nosotros y cada cual pueda hacer un plato propuesto por los demás”. Naturalmente, después de la primera vez, se puede sugerir que la asistencia de los padres se reduzca hasta desaparecer. Se puede razonar en conjunto sobre los procesos puestos en acción, desde el pesado hasta el hervido, desde la mezcla de sabores hasta la evaluación de los resultados. Luego se pueden examinar otros procesos, como la cocción en el horno, la fritura, la preparación de verduras o postres. Podría ser de gran interés una tarea como: “Para mañana que cada cual prepare un plato con algún ingrediente que hasta ahora no haya comido nunca”. No hace falta subrayar, por ejemplo, que escribir una receta no es como escribir un tema o una frase o una carta. Tiene otro objetivo y debe escribirse de otro modo y la comprobación será sencilla: estará bien hecha si los demás compañeros

logran utilizarla obteniendo un buen resultado. De allí podrá nacer un libro virtual de recetas.

La historia en el cajón. Cuando empezó la cuarentena, mi nieta me llamó para pedirme si podía mandarle las fotos de cuando era chica. Cada día yo seleccionaba un centenar de fotos de un año de su vida, del primero al duodécimo, entre los centenares que había conservado en mi computadora, y se las mandaba por WeTransfer. Luego le sugerí que hiciera a su vez una selección de las que considerara más significativas, para construirse un “libro de su historia” por imágenes. Me dijo que había seleccionado cuarenta. Es probable que el cajón donde en un tiempo se conservaban las fotos sea hoy un cajón electrónico de la computadora o del celular, pero la propuesta del docente es muy simple: “Pídanles a sus padres que vuelvan a ver con ustedes las fotos de sus años pasados, para reconstruir los hechos, los lugares y las personas, seleccionen las más interesantes y significativas, numérenlas, pónganles la fecha y una breve leyenda y pónganlas en una carpeta de la computadora”. Se podrá entonces, de ser posible, construir mediante PowerPoint una especie de libro de historia personal, con fotos y leyendas y, una vez de vuelta en la escuela, crear un libro de historia del grado. En esos libros habrá referencias a la historia de estos años y a la historia

de las distintas familias. Habrá personas que no estarán más o cosas de las cuales reirán juntos. En resumen, una hermosa historia. ¡Pero historia de verdad!

La lengua: el diario. Pienso que sería muy sorprendente y gratificante oír decir al docente: “Desde mañana cada cual llevará un diario, y si quieren, se mantendrá en secreto”. El artículo 16 de la Convención dice que los niños tienen derecho a una vida privada y por lo tanto, si quieren, su diario podrá mantenerse en secreto. Pero en especial en este período sería de gran importancia tener a “alguien” con quien desahogarse, a quien comunicarle emociones, sentimientos, deseos, frustraciones. El período que se está viviendo es demasiado particular, extraño, duro y, esperemos, único como para no perderlo del todo. Será un recuerdo precioso para releer por cuenta propia en años futuros y quizá, mañana, con los propios hijos. La escuela propone esta experiencia de auténtica literatura y se abstiene de evaluarla. Es, en resumen, un regalo.

La geometría, el plano de casa. Un trabajo interesante, que el docente podrá pedirle a su alumnado, es el de dibujar el plano de su casa. Los dibujos se fotografiarán y enviarán al docente, que los presentará uno por uno a todo el grado y cada cual describirá y

comentará el suyo. Esta experiencia se puede proponer también a todas las edades, desde los jardines de infantes hasta las escuelas secundarias, y en cada nivel se podrían realizar trabajos e investigaciones diversas. Para los niños más pequeños será necesaria la ayuda de los padres, para sacar fotos y enviar los planos dibujados, pero nunca, ni por parte de los padres ni del docente, se deberá “enseñar” cómo se hace un plano. Será una interesante ventana abierta al conocimiento del mundo de los niños. Naturalmente, con el aumento de la edad esta propuesta podrá prestarse a elaboraciones geométricas y matemáticas, aplicadas no obstante no a problemas abstractos e improbables, sino solo a la casa donde están viviendo.

La lectura gratuita. Un regalo debería ser también el de leer un libro. Pero no el libro de lectura, no los pasajes de la antología indicados por el docente, sino un libro de verdad, una novela, que cada cual elegirá en su casa y, si no hay en la casa, les pedirá a los padres que lo compren, ya que las librerías van a abrir antes que los demás negocios. Y de esas lecturas no se harán tareas, ni resúmenes, ni fichas. Se podrá hablar al respecto en conjunto, docente y compañeros, para las evaluaciones, si gusta o no gusta, si vale la pena leerlo, de qué habla, etc. En casa se podría ir a leerlo en el rincón preferido,

adonde van a esconderse, en la choza, o detrás del mueble. Y naturalmente después del primer libro otro, incluso después del coronavirus, es más, como un regalo hecho por el virus.

La lectura como teatro de familia. Otra forma de lectura, no necesariamente alternativa a la precedente, puede ser en voz alta. Se decide un horario, por ejemplo media hora al día, a la misma hora, y en un lugar de la casa, siempre el mismo. Se elige una novela, un libro bello, apasionante, no necesariamente para niños, y un adulto (también puede ser un niño si tiene ganas) lee en voz alta. Así todos los días, hasta terminar el libro. Si la lectura se hace bien, se obtendrá una relación muy intensa entre lector y público y se crearán las bases para el auténtico aprendizaje de la lectura, que no es la capacidad de descifrar signos, sino la necesidad y el placer de leer. Para que funcione, el lector debe prepararse porque hay que leer bien, con sentido y sentimiento. El docente dará todas estas indicaciones, invitando a la familia a esta experiencia. El niño podrá incluso ir a la librería a elegir un libro nuevo o dar sugerencias a los padres para que lo compren. Siempre me preocupo por saber que habrán *aprendido* a leer solo los alumnos que, por lo menos una vez al año, les piden a los padres que les compren

un libro para leer o, mejor todavía, el dinero para ir a comprarlo.

El cine en casa. Hoy todos los niños saben usar un celular para hacer un video (yo no soy capaz de hacerlo) y esto también puede sugerir una hermosa “tarea para el hogar”: “Para la semana que viene, cada cual va a preparar un video breve. Escriban un argumento, estudien cómo se desarrolla, encuentren los lugares de la casa y háganlo. Luego me lo mandan por correo electrónico o por WhatsApp y lo vemos juntos todos. Después de verlos, los discutimos y evaluamos”. Tendrán que hacer muchas operaciones escolarmente significativas: escribir el argumento, evaluar los tiempos, estudiar la ambientación y utilizar el celular para algo más creativo que un videojuego.

Leamos el diario. El diario nos trae a casa la historia contemporánea aún más y mejor que el telediario. El docente puede establecer con las familias que un día a la semana compren el diario, naturalmente el que prefieran, y que lo hojeen con los hijos, leyendo todos los títulos. Elegirán la noticia que les parezca más interesante a los niños y la leerán juntos (puede leerla una primera vez el adulto y luego releerla el niño o una vez sola uno de los dos). Se discute y se profundiza en fami-

lia. Luego, conectados con el docente y los compañeros de grado, cada cual presenta el artículo que leyó y se habla en grupo del asunto. Si se considera oportuno, se puede escribir textos breves para componer un diario del grado utilizando los recursos que ofrecen las nuevas tecnologías. También a través del diario entra el mundo externo en las casas ya que hace falta comprenderlo.

La correspondencia. La correspondencia es una histórica técnica del método Freinet. En el siglo pasado permitía, por ejemplo, a los niños de montaña ponerse en contacto con compañeros que vivían junto al mar, mandando cartas individuales o colectivas, intercambiando revistas de historietas y más adelante casetes de audio y de video. Permitía enviar paquetes, intercambiando castañas por caracoles y estrellas de mar. Era una propuesta educativa creativa que daba un sentido real al hecho de escribir, para comunicar desde lejos, y una relación con otras realidades y culturas en tiempos en los cuales no había otros medios de comunicación disponibles. Hoy niños y adolescentes viven de nuevo un fuerte aislamiento y tienen muchos instrumentos de comunicación. En cambio, tienen menos costumbre de comunicarse por escrito. Esta podrá ser una buena ocasión para ponerse en contacto con un docente conocido de otra ciudad o de otro país y organizar una carta colectiva, preparando un

texto en el que cada alumno propondrá una frase propia y que se podrá evaluar, corregir y componer colectivamente. Podrá ir acompañada de imágenes. Será con seguridad una hermosa experiencia de intercambio, en un período tan especial. Guadalupe, una chica argentina de doce años, dice con sorpresa: “Me llegó una carta de una amiga de otra provincia”.

La naturaleza en una maceta con flores. Cada alumno puede cuidar una planta que esté ya en su casa o que los padres compren expresamente. La planta podrá ser objeto de observación, descripción, dibujo y fotografías que describan su desarrollo, características, cambios. Hablar juntos de eso será la clase de ciencias naturales. Es probable que se pueda observar también a animales pequeños, insectos, y estos también podrán entrar en las ciencias caseras, con la mediación y la orientación del docente. Se podrá llevar un diario de la vida de la planta, en el cual registrar las medidas, los cambios, dibujar las formas, inventar una historia o un poema...

El *home art*, el arte casero. Deje para el final un sector que podrá ocupar mucho tiempo en las jornadas de los niños y en la colaboración con sus padres. Será importante que el docente invite a los alumnos a aprovechar el mayor tiempo disponible para dedicarse a sus

actividades preferidas y a utilizar diversas formas de expresión artística para expresar sus experiencias y sus sensaciones. Las técnicas podrán ser diversas también dentro de las limitaciones que crea el encierro. Además del dibujo con lápices, marcadores y pinceles en hojas de distinto tamaño, color y naturaleza (se puede dibujar y pintar también en una hoja de diario), se puede sugerir otras posibilidades. Hacer papel maché con papel de diario troceado y macerado, mezclado luego con un poco de engrudo, para modelar entonces objetos y personajes y ponerlos a secar al sol y, si se quiere, pintarlos. Utilizar alambre para formar figuras y animales. Dibujar y pintar en piedras. Coser trapos de colores diversos para crear cuadros abstractos, en los que se puede insertar botones u otros elementos. Estas son solo sugerencias para impulsar a la invención, porque las posibilidades son infinitas. Sería bueno que el docente invitara a los alumnos a encontrar formas nuevas para expresarse creativamente. Los productos, a los cuales se podría dedicar una mañana de la semana, serán fotografiados por los alumnos individualmente y presentados al grupo, y luego se podrán discutir. Las distintas técnicas podrán ilustrarse de manera que, a la semana siguiente, cada cual pueda elegir una técnica distinta sugerida por un compañero.

Y para terminar la evaluación

Para dar también un toque final de credibilidad a estos apuntes, querría respetar la tradición escolar que considera importante, como conclusión, poder evaluar el trabajo desarrollado. Creo que el método más correcto para efectuar una evaluación es verificar si se alcanzaron los resultados presupuestos y esperados. Hemos partido de las palabras de los niños, que decían estar cansados de las tareas y de las clases recibidas a través de una pantalla, y que vivían bien este aislamiento que, si por un lado los privaba de sus amigos, y esto costaba mucho, por el otro les permitía pasar todo el tiempo con los padres. Si estas actividades ayudaron a los propios niños a conocerse mejor y a hacerse conocer por sus compañeros, por sus padres y por sus docentes, se podrá considerar que la experiencia tuvo resultado positivo. Corresponderá entonces a la escuela y a la familia encontrar los instrumentos adecuados para favorecer el desarrollo de las facultades y aptitudes descubiertas o reveladas por los niños para hacerlos desarrollarlas en toda su potencialidad. Para que cada uno de los alumnos y de los hijos se pueda sentir realizado y capaz en especial de lo que más le gusta, porque corresponde a su personalidad, a su vocación.

Francesco Tonucci

¿Puede un VIRUS cambiar la ESCUELA?

Este libro está escrito a toda velocidad, casi en tiempo real, mientras sucedían los hechos. Cuenta lo que ocurrió entre marzo y junio de 2020, cuando el mundo se detuvo y un virus, en tiempos rapidísimos, como no se había visto nunca antes, obligó a todos los habitantes de la Tierra a encerrarse en sus casas, a suspender el trabajo, a cerrar las escuelas, provocando un número impresionante de muertos. Analiza cómo los niños vivieron y soportaron esta situación, para ellos difícil de entender y de aceptar, y cómo el proyecto “La ciudad de las niñas y de los niños” trató de acompañar primero su encierro forzado y luego de sugerir a la ciudad y a la escuela propuestas para una reapertura lo más adecuada posible a las nuevas exigencias sanitarias, y en especial a las expectativas de la sociedad y de las niñas y los niños respecto a las propuestas educativas y formativas. Presenta algunas experiencias de tres países de la Red internacional: Argentina, Italia y España, algunas consideraciones finales y las viñetas que dibujó durante este período Frato.

Hacemos libros que perduran en el tiempo.


LOSADA

